

## **DOMINGO DE PENTECOSTES**

**1ª lectura** (Hechos, 2, 1-11): *Empezaron a hablar en lenguas extranjeras.*

**Salmo** (103, 1ab y 24ac.29bc-30.31 y 34): *«Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra»*

**2ª lectura** (1ª Corintios, 12, 3b-7.12-13): *Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu.*

**Evangelio** (Juan 15, 26-27; 16, 12-15): *Os guiará hasta la verdad plena.*

El aliento que fue insuflado como comunicación de vida a los seres humanos en los orígenes del mundo procede como fuerza creadora y vivificadora de la fuente de la misma vida, es decir, de Dios. La vida, el aliento humano, procede del aliento divino, de su divino Espíritu: *«Si retiras tu aliento toda creatura muere y vuelve al polvo»*, nos dice el salmista. *«Pero, envías tu Espíritu que da vida y renuevas el aspecto de la tierra»*, añadimos.

Al concluir las fiestas de Pascua, volvemos nuestra mirada con gratitud a Dios, que nos regala su santo Espíritu para hacernos participar ya desde ahora de la vida de su Hijo Resucitado. San Pablo nos dice que: ni siquiera podríamos llamar a Jesús *«Señor»*, si no fuera bajo la acción del Espíritu Santo. Estoy seguro de que es el Espíritu el que nos mueve desde nuestros hogares a congregarnos en el templo para asistir a la liturgia dominical en la que reconocemos y aclamamos a Jesús como Señor, gracias a la acción del mismo Espíritu.

Muchos de nosotros no nos conocemos bien, pero el Espíritu de Dios nos conoce a cada uno y se valió de distintas estrategias para traernos a participar en la asamblea de la multitud de hombres y mujeres, cada uno con sus preocupaciones, sus proyectos, sus alegrías o tristezas, para ir construyendo la comunidad que está reunida hoy. Es el Espíritu quien cohesiona, une y nos reúne.

Lo más maravilloso de esta acción del Espíritu que nos congrega es que no hace desaparecer nuestras diferencias, sino que las integra armónicamente: *«Hay diferentes dones, pero el Espíritu es el mismo; hay diferentes servicios, pero el Señor es el mismo; hay diferentes actividades, pero Dios, que hace todo en todos, es el mismo»*. Un solo Dios, un solo Señor, un solo Espíritu, pero su riquísimo despliegue en el universo y en la humanidad es inabarcable. *«En cada uno se manifiesta para el bien común»*.

Unos paletos hablan de Dios. **¡Y cómo hablan!** Porque el testimonio de Lucas es que todos entendían y a todos le llegaba al corazón, de forma que el entusiasmo se despertó en los oyentes porque a cada uno le llegaba la palabra Dios a ese rincón profundo del corazón en el que se debate algo importante de la existencia. Un rincón que percibimos como una de las dimensiones más íntimas y exclusivas de cada uno, esas que consideramos tan personales que no solemos compartir y que, sin embargo, son las más comunes a todos los humanos pero que nos distinguen, de otra manera, precisamente, de los no humanos.

Ahí, en lo profundo de las simas del ser, en los pozos de nuestra intimidad y en las cuevas de nuestro interior, es donde Dios resuena y se nos hace especialmente importante por los efectos que produce, para bien o para mal. El tipo de religiosidad que representan los judíos, en el evangelio de Juan y en la obra de Lucas, es la del miedo y la culpa. Es decir, el judaísmo de los tiempos de Jesús insistía en relacionar a Dios con la culpa y el miedo al castigo.

Consecuencia de tanto insistir en la ley, el comportamiento y la función de Dios como encargado de vigilar el orden y el deber, conducía a un exceso de responsabilidad y un miedo inmenso a las secuelas por no someterse a las normas. Jesús representaba otra religiosidad a la que los judíos tenían pánico, porque entendían que traería el caos, el desorden y el libertinaje a un pueblo, en horas bajas, metido en una gran crisis. Su sorpresa es que su efecto produce comprensión y entendimiento, unidad y solidaridad, porque sus palabras llegan al corazón y les hablan de sus problemas y necesidades provocando esperanza. Y esa misma experiencia se convierte en referencia original y guía para nosotros en la historia humana.

Los cristianos no debemos repetir palabras a las que el uso convierte en rutina. Debemos hacer comprensible a las personas de cada época el mensaje de Jesús, la Buena Noticia, para que todos en su tiempo puedan recibir el mismo mensaje como novedad profunda de comprensión y esperanza. ¡Dios llega a todos, para que todos vivamos!

Dios nos quiere vivos en la historia, por eso nos envía su Espíritu que refuerza nuestra libertad y creatividad para decir, anunciar y revitalizar el mismo Evangelio de manera que ayude a todos a vivir más y mejor. La fidelidad al Evangelio no está en repetir palabras, sino en hacer comprensible su Palabra y contagiar la convicción de que Dios sigue acompañándonos en la vida como siempre ha hecho y descubrir su significado para las nuevas situaciones que los tiempos nos deparan, en las que Dios siempre tiene algo que hacernos sentir.

**¡Hoy es Pentecostés!** Que el Espíritu Santo, el Espíritu del Padre y de su Hijo Resucitado nos ilumine. Que venga el padre de los pobres y penetre en nuestras almas. Que el dulce huésped del alma nos llene de su paz y consuelo. Que nos purifique y nos haga fecundos y que nos llene de sus dones; porque *«A todos se nos ha dado a beber del mismo Espíritu»*. **¡Siempre es Pentecostés!**